

JORGE DE ESTEBAN

Catedrático de Derecho Constitucional. Miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO



La esperanza blanca

LA «esperanza blanca» es como acaba de ser definido el diplomático Inocencio «Chencho» Arias por una emisora de televisión ante su millonario fichaje por el Real Madrid. La notoriedad de esta institución, así como la del propio Arias —el diplomático español más conocido— han convertido esa noticia en un tema de conversación de millones de ciudadanos.

Ante el calvario que atraviesa el Real Madrid desde hace tiempo, su presidente, como último remedio ante lo irremediable, acaba de sacar un conejo de su chistera, pensando que el versátil diplomático —foroforo impenitente de su equipo— pondrá en juego todas sus cualidades para apartarlo del abismo. Es posible que sea así y es posible que no: el tiempo lo dirá. Pero, por el momento, las dotes «diplomáticas» del ex secretario de Estado ya se han puesto de manifiesto: acaba de ridiculizar a uno de los miembros de la «quinta del Buitre» y ha pedido que se despidiera a Benito Floro para fichar a Jorge Valdano.

Sin embargo, si me ocupo de esta noticia es debido a que, pasando de la anécdota a la categoría, existen elementos que le confieren un elevado interés político. En efecto, «Chencho» Arias —los diplomáticos son los únicos funcionarios que utilizan diminutivos o apelativos familiares de forma común— ha optado por dejar la carrera diplomática a causa de «cuestiones familiares».

LA DEFENESTRACION.— El ministro Solana, al destituirlo de su cargo de secretario de Estado de Cooperación Internacional, le ofreció las embajadas de Buenos Aires, Lisboa y Roma, que no son ninguna tontería. Es evidente que la defenestración de Arias estaba cantada desde el mismo momento de la sustitución de Ordóñez en el Palacio de Santa Cruz. Su peculiar sentido del humor chocaba claramente con el carácter de Solana, pues a pesar de la permanente sonrisa en sus labios, éste carece totalmente de ese necesario «sentido» para todos los mortales y aún más para los políticos.

Sin embargo, el diplomático no ha aceptado el nombramiento de embajador en esas sedes, alegando unos denominados motivos familiares que sí le hubiesen permitido en cambio serlo en Washington

o, en todo caso, en Nueva York, como cónsul general. Por supuesto que los motivos familiares son siempre muy respetables, pero precisamente esa motivación es una servidumbre que todo aspirante a diplomático conoce de antemano, antes de entrar en la Escuela Diplomática. Por lo tanto, no se trata de una excusa convincente, máxime cuando la meta única y final de todo miembro de la «carrera» es convertirse lo antes posible en embajador.

Es más, si como casi todo el mundo coincide en señalar, Arias posee todas las cualidades de un buen diplomático, su alejamiento de la carrera aparece, en cierto modo, como una «estafa» ante la inversión que había depositado en él el Estado. Se trata así de una práctica malsana, denominada en francés *pan-*

oposición a que se nombre embajadores a personas ajenas a la carrera y, de este modo, los cerca de una decena de embajadores políticos que ha nombrado el Gobierno socialista desde su llegada al poder, se han convertido en la actualidad únicamente en dos. Uno, Claudio Aranzadi, ex ministro, acaba de ser nombrado embajador ante la OCDE, sede que no es propiamente una embajada y el otro, Emilio Menéndez, está ya desahuciado en Roma, esperando que alguien se acuerde de él.

La doctrina «Arias», practicada sobre todo durante el tiempo en que fue subsecretario, ha cundido en el Gobierno, el cual no se atreve a nombrar más embajadores políticos que si es para poder salir airoso del Consejo de Ministros. Por lo tanto, es impresentable que uno de los más distinguidos defensores de esa posición malthusiana y corporativista, haya decidido salirse de la diplomacia para entrar en la sociedad civil. Si uno está a las maduras, debe estar también a las duras.

PRESIDENTE DEL REAL MADRID.— Esto es, si la «carrera» es sólo para los pertenecientes a ella, no se pueden permitir las defeciones, sobre todo ante los contratos que ofrecen lunáticos en busca de salvación y que demuestran esas tan alabadas cualidades de nuestro personaje. Porque nadie duda ya que si Arias ha dado ese paso no ha sido para ofrecer unos conocimientos técnicos en el ámbito del fútbol, que probablemente no posee, sino imbuido de otra aspiración más ambiciosa: convertirse en el próximo presidente del Real Madrid.

Seamos liberales y aceptemos buenamente el oscuro deseo de un diplomático en búsqueda de más gloria, pero entonces exijamos a éste el mismo ejercicio de liberalidad. Es decir, que reniegue públicamente de su concepción corporativista de la diplomacia y acepte racionalmente que pueda haber embajadores que no procedan de la carrera.

De este modo, se podría hacer realidad el sueño de un presidente de un famoso club de fútbol, que una noche, en la sede de la Embajada española en Roma, me confesó sinceramente que de no ser «eso», lo que deseaba más ardientemente era ser embajador de España en Italia...

CONTRA LA CONFUSION

Impotencia y servilismo del poder

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

LA crisis de Seat no es una simple quiebra mercantil. Sus mismos factores producen también la de un sistema que, en lugar de ideales y puestos de trabajo, crea conformismo social junto a relativismo moral, escepticismo intelectual y corrupción. Se podría conocer la causa de la crisis si acertáramos a reducir la complejidad de los fenómenos que la manifiestan, a la simplicidad de unos tipos ideales que definieran la situación del poder en la sociedad. Hecho capital que determina el sentido de todas las crisis culturales porque en la duda social siempre late una duda sobre el poder. Sobre la legitimidad de quién lo ostenta o la identidad de quién lo tiene. Las ideologías suprimen la duda de legitimidad del poder. La hegemonía de la confusión impide la duda sobre la autoridad de quién formalmente lo posee. El ocaso de las ideologías, de un conflicto lateral izquierda-derecha, preludia el amanecer de la confrontación vertical arriba-abajo, que es la matriz de la idea democrática del poder. La intensidad del conflicto ideológico disminuye a medida que la cuestión de la legitimidad se amortigua con otra duda más extensa sobre la identidad del poder: ¿quién diseña el proyecto social? ¿el poder político o el poder económico? ¿quién tiene el poder?

El carácter emblemático de una empresa procedente del sector público, la condición transnacional de sus propietarios alemanes, la causa monetaria de sus pérdidas, su ubicación en una Autonomía nacionalista, la aportación financiera del Estado, nos permiten buscar en la crisis particular de Seat una causa típica de la crisis general del Estado. Entre los elementos de la crisis, el decisional compendia a los demás. Si lo aislamos, podremos observar al desnudo el alcance y la graduación de los poderes sociales. De un lado, el poder autónomo de una organización multinacional. De otro, varios poderes políticos y sindicales enredados en consensos de tipo regional o nacional. La Volkswagen impone su ley y subordina la parte española al todo alemán, con la misma coherencia que aplicó a la gestión de compras y pagos en divisas para poner en crisis a la Seat. La impotencia de la política ante la autonomía del poder económico nos hace creer que el dominio de las transnacionales se debe a la imposibilidad de controlar lo que está fuera del ámbito legal del Estado. Aquí se basa la idea de que un Estado multinacional podría responder al poder de las transnacionales. Pero si la impotencia del Estado derivase de sus límites territoriales, la única respuesta a un mercado sin fronteras sería un solo Estado mundial. La cuestión, como se verá, es otra.

El dominio del mercado por las empresas multinacionales les permite tomar decisiones universales sin tener que asumir, en caso de fracaso, las consecuencias locales. Ese triste menester está reservado a la política de los Estados nacionales. Una nueva pauta cultural, surgida de la última fase de la guerra fría, está distribuyendo las funciones de los tres poderes sociales con un exclusivo criterio de eficiencia. El poder económico retiene la iniciativa de sus decisiones y administra el éxito social de sus proyectos. El poder político retiene la iniciativa represiva y recaudatoria, y gestiona las consecuencias antisociales o antiecológicas de la iniciativa privada, administrando el sufrimiento social en el proceso económico. Y el poder cultural reproduce y legitima esa pauta de realismo de las oligarquías. Ya no se trata de que el poder político esté o no a las órdenes de los grandes grupos económicos. Eso era antes compatible con la autonomía de la política y con la soberanía del Estado. Pero la política monetarista ha creado un nuevo tipo de supremacía del mercado. El poder económico no tiene necesidad de actuar como lo hacía bajo el Estado liberal, inspirando o influyendo a gobiernos autónomos. Ahora ha retirado de la política y del Estado el poder de decisión sobre el proyecto social. El presidente del Gobierno dice que no hace la política que le gustaría. Pero tal confesión de impotencia significa que la tarea del gobierno, en el Estado de partidos, se circunscribe a la gestión de las consecuencias negativas de decisiones tomadas en otro sitio. El poder político se define hoy por su impotencia para decidir lo principal y, en el caso del gobierno español, por su servilismo para resolver lo secundario.